

Encrucijadas de la Vida

El capítulo 8 comienza diciendo que: “Cuando Samuel envejeció, nombró como caudillos a sus hijos para que guiaran al pueblo de Israel. Su primogénito se llamaba Joel, y su segundo hijo se llamaba Abías. Los dos eran caudillos en Berseba, no siguieron el ejemplo de su padre, sino que se dejaron llevar por la avaricia, pues aceptaban sobornos y corrompieron la impartición de justicia.” En la ley, allá en el comienzo del Antiguo Testamento, en el Pentateuco, está bastante claro que la justicia debía ser preservada y practicada; pero tristemente los hijos de Samuel, siendo aquí de la clase sacerdotal, siendo personas responsables de cómo aplicar la justicia en todas las cosas, en su lugar, la estaban corrompiendo.

El hecho de tener un padre piadoso, y muy correcto en el ejercicio del liderazgo, no garantizó que sus hijos abrazaran los mismos principios y valores de vida. Y aunque los tuvieran, tampoco quiere decir que sean necesariamente las personas correctas para liderar. Hay todo un tema de llamado espiritual, dones y competencias para ser capaz de cumplir ese rol que no se transfieren automáticamente de un padre a un hijo. Pero también, todo esto opera dentro de un marco cultural y de las tradiciones que afectaba la manera en que se entendía la sucesión del liderazgo.

La herencia familiar y el pertenecer a cierta tribu en el caso de Israel, también jugaba un rol en cómo se veían las cosas y eran aceptadas mayoritariamente. Veamos cómo se dieron los hechos: “...todos los ancianos israelitas fueron a Ramá para hablar con Samuel, y le dijeron: «Es un hecho que tú ya eres viejo, y que tus hijos no siguen tu ejemplo. Por lo tanto, escógenos un rey, como lo tienen todas las naciones, para que nos gobierne.» Pero a Samuel no le agradó esta propuesta de dar al pueblo un rey que lo gobernara; entonces oró al Señor”.

Los hijos de Samuel son personas incapaces de dar continuidad al liderazgo de su padre. Aquí tenemos un problema serio. Había un vacío ético, se corrompieron. Por otro lado, los líderes, las autoridades de Israel, utilizando esto como excusa, y basándose en un estándar absolutamente diferente de lo que Dios deseaba, tomaron como referencia a las naciones paganas. “¡Todo el mundo tiene un rey!”, dijeron, así que, “¡queremos un rey!” Y envalentonados se van a hablar con Samuel. Y Samuel queda impresionado, molesto y enojado.

Parece la conversación típica de un hijo con su padre, que usa la excusa de alguien con mal ejemplo, y se toma de la frase tan manida: “¡Todo el mundo lo hace!” para romper las reglas que se le ha puesto. Parece que el ser humano no ha cambiado mucho en miles de años. En esta escena arquetípica entra Dios en escena. “El Señor le dijo: «Atiende todas las peticiones que te haga el pueblo. No te han rechazado a ti, sino a mí, pues no quieren que yo reine sobre ellos. Están haciendo contigo lo que han hecho conmigo desde que los saqué de Egipto: me están dejando para ir y servir a otros dioses. Tú, atiende sus peticiones, pero acláralas todos los inconvenientes, y muéstrales cómo los tratará quien llegue a ser su rey.»”

Entonces, y en obediencia, “Samuel comunicó al pueblo que pedía un rey todo lo que el Señor había dicho.” Él “les dijo: «El rey que ustedes ahora piden les quitará a sus hijos para ponerlos como soldados en sus carros de guerra; unos serán jinetes de su caballería, e irán abriéndole paso a su carruaje; a otros los pondrá al mando de mil soldados, y a otros al mando de cincuenta soldados; a otros los pondrá a labrar sus campos y a levantar sus cosechas, y a otros los pondrá a fabricar sus armas y los pertrechos de sus carros de guerra. También les quitará a sus hijas, para convertirlas en perfumistas, cocineras y panaderas. Además, les quitará sus mejores tierras, y sus viñedos y olivares, y todo eso se lo entregará a sus sirvientes. Les quitará también la décima parte de sus granos y de sus viñedos para pagarles a sus oficiales y a sus sirvientes. Les quitará a sus siervos y siervas, y sus mejores jóvenes, y sus asnos y bueyes, para que trabajen para él. También les exigirá la décima parte de sus rebaños, y ustedes pasarán a ser sus sirvientes. El día que ustedes elijan su rey, lo van a lamentar; pero el Señor no les responderá.»”

Qué terrible era esta situación. Dios permite que Israel tome su propia decisión. Dios no obliga a Israel a necesariamente reconocerlo como el verdadero rey, como el único y grande rey que gobierna a la nación. Les advierte de las consecuencias, pero ellos dijeron ‘¡No! ¡Queremos un rey porque las demás naciones tienen rey!’ Entonces Samuel les da el mensaje completo: ‘¿quieren un rey? ¡Pues, muy bien! Tendrán un rey. Pero sepan que serán esclavos de ese rey. Vivirán para él. Él tomará de todo lo bueno y de lo mejor y hará un ejército que será la base de su fuerza, y habrá de utilizar a sus hijos e hijas’.

Sorprendente la tozudez de su decisión, porque: “el pueblo no le hizo caso a Samuel, sino que dijo: «No será así. A como dé lugar, tendremos un rey. Así seremos como todas las naciones. Y nuestro rey nos gobernará, y saldrá al frente de nosotros y presentará batalla por nosotros.»” Todo el mundo es así, todos quieren ser igual a los demás. Muchos hoy quieren ser y actuar a semejanza de mucha gente que no tiene el parámetro y la dirección de Dios en sus vidas. Simplemente, quieren ser “cool”, copiando aquello que es un modelo mundano.

Tanto esfuerzo de Samuel, toda una vida invertida y esta gente tira todo por la borda. ¡Qué frustración! Esta es una realidad tremenda que todo líder espiritual debe tomar en cuenta...la falta de gratitud en el servicio, el desprecio y el abandono al final de la vida de aquellos a los que se sirvió puede ser deprimente... pero Dios no abandona a Samuel, fíjate lo que le dice... “Samuel oyó todo lo que decía el pueblo, y se lo hizo saber al Señor. Y el Señor le respondió: «Atiende su petición, y ponles un rey que los gobierne.» Entonces Samuel les pidió a los israelitas que regresara cada uno a su ciudad.”

Luego en el capítulo 9 dice que: “Ocurrió que Saúl y unos siervos de la finca de su padre estaban buscando unas burras perdidas. Y el siervo de Saúl sabía sobre Samuel, que era profeta de Dios y como no las hallaban se les ocurrió pedirle ayuda para encontrarlas. Pero Samuel estaba prevenido. El día anterior, Dios ya le había dicho a Samuel que habría de encontrar un hombre de Benjamín, al que habría de ungir como rey en Israel. Dios, en su omnisciencia, administra esa desobediente

elección del pueblo llevando el curso de la historia hacia la unción de Saúl como el rey de Israel.

El versículo 7 en la discusión que tenían sobre consultar a Samuel dice: “«Está bien, vamos; pero ¿qué podemos ofrecerle? Ya no tenemos pan en nuestras alforjas. ¿Qué podemos llevarle a ese hombre de Dios?»”. Y en el versículo 9, nos dice que “antiguamente, cualquiera en Israel que consultaba a Dios, decía: «Vamos a ver al vidente», porque así se le llamaba al que luego se llamó «profeta».” Y era costumbre un don, un regalo como muestra de gratitud por el servicio ofrecido, pero no como si fuera una transacción comercial, peligro latente, en el que, por la codicia, algunos sí se perdieron, pero un verdadero profeta no aceptaría ese tipo de comercio de fe. De hecho, no vemos a Samuel aceptando nada de Saúl, sino todo lo contrario.

El texto entonces sigue adelante y nos dice que ellos “Ellos se dirigieron a la ciudad, y cuando llegaron al centro, Samuel ya venía hacia ellos y en dirección al santuario del cerro. Pero el Señor ya había hablado con Samuel un día antes de que Saúl llegara. Le había dicho: «Prepárate, porque mañana a esta misma te enviaré a un joven benjaminita. Vas a consagrarlo como rey de mi pueblo Israel, pues él lo va a salvar de los filisteos. El clamor de mi pueblo ha llegado a mis oídos, y yo he puesto en ellos mis ojos.»” Dios permite que Saúl termine siendo el rey de Israel, aunque esa haya sido una señal de rechazo hacia el propio Dios. Entonces, “En cuanto Samuel vio a Saúl, el Señor le dijo: «Éste es el hombre de quien te hablé. Éste es el que va a gobernar a mi pueblo.» En cuanto Saúl vio que Samuel entraba en la ciudad, se acercó a él y le dijo: «Te ruego que me digas dónde vive el vidente.» Y Samuel le respondió: «Yo soy el vidente. Acompáñame al santuario allá arriba, y come hoy conmigo.”

Entonces Samuel le informa a Saúl, siguiendo el mensaje de Dios, de que ya no se preocupe por las burras perdidas de su padre que estaban buscando, pues ya habían sido encontradas. además, Saúl entonces no entiende nada, porque Samuel lo sorprende con un trato de príncipe, lo ensalza, y obviamente queda sorprendido. Por ello Saúl dice: “«Yo soy descendiente de Benjamín, que es la más pequeña de las tribus de Israel. ¿Por qué me dices estas cosas?»” Y siguen las sorpresas para Saúl... Samuel lo sienta a la cabecera de la mesa, le da una porción de la mejor carne, reservada para él, muestra trato preferencial frente a todo el pueblo... Samuel le dedica tiempo después para hablar con Saúl en la azotea de la casa, le da alojamiento. Dice el texto que, “...al despuntar el alba, Saúl estaba en la azotea; pero Samuel lo llamó y le dijo: «Levántate, para que te despida.» Saúl se levantó, y ambos salieron; y cuando se dirigían al otro lado de la ciudad, Samuel le pidió a Saúl que ordenara al criado adelantarse. El criado se adelantó, y entonces Samuel le dijo a Saúl: «Tengo un mensaje de Dios para ti.»”

Y luego el capítulo 10 nos deja con la expectativa de escuchar el anuncio que Saúl será el rey de Israel. Mientras tanto Samuel ya le trae la noticia de que pronto será ungido para ser el rey de la nación que desobedeció a Dios. Es impresionante, pero es verdad lo que observamos: Dios acababa de libertar al pueblo de manos de los filisteos, pero aun así este pueblo estaba interesado en verse libre del gobierno de Dios. ¿No es impresionante?